

# BAJADA



*'después de todo ese bullicio, é incluso más, llegué a un punto en que necesité soledad, detener la máquina de pensar y gozar que llaman vivir...'*

-jk-



## **Uno.**

La Carretera Central se extiende sinuosa a partir de este punto. Estoy en Matucana y debo llegar a Chosica (cuarenta kilómetros!!). No cuento con nada de dinero. Tan sólo con mis pies guerreros y la madrugada fría. Pasan los camiones rugiendo mientras el sol asoma en la punta de los áridos cerros.

Estuve una noche larga (la larga noche) tiritando en la puna. A cientos de metros arriba del pueblo. Abandonado de dios. Paria. Profeta perdido. No escuchado. Santo en el desierto de la pura desolación. Buscando el sin sentido de la vida. De la muerte. Del movimiento perpetuo.

Empiezo mi camino. Al borde de la carretera. Sigo una línea blanca que pensaba me protegería de una posible embestida de estos inmensos bólidos cargados de mercadería yendo y viniendo sin ton ni son. Pero no es así. Tengo que meterme a la cuneta constantemente. Ó pasar de un lado a otra de las dos vías. Sin contar con los perros no muy amigables si voy a hablar con eufemismos.

Pero esta es ahora mi vida y con una leve sonrisa me complazco en ella. Fuera del mundo actual. Solo. De soledad. Sin nada que me ate a nada. Ni siquiera a mí mismo (I me mine). La experiencia en la montaña ha sido mística y descarnada a la vez. Trance. Visión. Toque mágico. Nunca más seré el mismo. Nunca más el otoño. Ahora siempre invierno. Sol de madrugada y caminos asfaltados y sin asfaltar.

## **Dos.**

La vía del tren en determinado momento se convirtió en la tabla de salvación del tráfigo que crecía según avanzaba el día. Tornamesa se llamaba el lugar. Ya cojeaba y mis pies se iban ampollando. El sol comenzaba a hacer estragos en mí. Sudaba y la sed se volvía en lo único que quería aliviar. Lo único deseable. Lo inalcanzable.

Tomé agua de las acequias. Del río. Pero nada. Y es que necesitaba muchos tragos de líquido y no solamente enjuagatorios. Pero seguía en la ruta casi sin parar. Bajé -como les contaba- al poblado de Tornamesa y busqué la línea del tren y la seguí. Con entusiasmo. Sintiendo esta aventura no buscada. El fin no era el fin: era esto!

Los durmientes no ayudaban mucho a la caminata. Estaban rotos é incompletos. Y en largos tramos cubiertos de piedras redondas que inevitablemente produjeron resbaladas y caídas. Hasta que llegué al puente. El vacío se lucía entre los durmientes. El abismo tan buscado. No era eso? Era y no era. El final es tan incierto como las horas del día. A veces mañana. Otras mediodía. A veces atardecer. Y finalmente mucha noche. Y eso tenía ahora: mucha noche.

## **Tres.**

Busqué puentes profundos para arrojar mis piedras. Encontré tres. Y nunca me atreví. Un fracaso causa miedo. Mucho miedo. Se me acercaron a conversar trabajadores de la carretera. Leñadores de molles. Y yo busqué restaurantillos del camino para que me regalen agua. Lo que una sola vez conseguí. Mi timidez hacía también estragos en mí.

Y mientras más me acercaba a mi destino más herido de los pies estaba. Mi cojera ya era ostensible. Y mientras más me acercaba a Chosica menos posibilidades de lograr mi objetivo: tirar mis piedras al vacío inmenso del universo mamífero como yo.

Surco. San Jerónimo de Surco. Tornamesa. Carachacra. Cocachacra. Y así... pueblitos al borde de la carretera. Uno tras otro. Tienditas. Grifos. Lavaderos de camiones. Comederos del camino. Y cuando iba al río garzas blancas y ranas negras y juncos y espinosas ramas y barro y piedras inmensas. Y ganas de ahogarme en esas aguas blancuzcas. Ridículo. Seguir y seguir como si nada pasara. Eso era. Y el puente Esperanza donde casi casi. Un leñador con su pesada hacha y su hijo y un perrito se me acercan y me conversan. Nada que hacer. Está viva la esperanza? Finalmente leí el último poema que cargaba en mí. El de la Pame. É impasible tierno lloroso mudo lo ofrendé al río hablador. Con pena. Si. Porque pensé que nunca más. Pero el camino seguía como serpiente luminosa buscando su guarida (gimme shelter!!) y yo en él.

### **Cuatro.**

Cuando llegué a Corcona -punto de control policial- comprendí que todo estaba perdido. Mi búsqueda era ya inútil. Languidecía irremediabilmente. Entendiéndolo contemplé el atardecer. Buscaba príncipes y princesas. Mares y desiertos en medio de la sierra. Las casitas con cultivos de pan llevar me miraban desde los cerros. En mi loca desesperación yo era simplemente un extraño. Un lejano sueño. Algo inasible. Lo que nunca pasó.

Busqué la comisaría y pedí a los guardias que me embarquen a Chosica (a diez kilómetros de ahí). Ya no daban más mis pies. No sé cómo seguía parado hablando y caminando como si nada con mi espantosa cojera que trataba de ocultar.

Vagabundo del Dharma. Sonaba bien eso. Aliviaba en mi congoja. Mi desconcierto. Mi locura. No sé bien cómo estoy ahora en Lima. En casa de mi hermana. Descansando. Recuperándome de la loca aventura en las montañas y en las cascadas y los lagos y la carretera y las vías férreas. Como. Escribo. No pienso. Esto se acabará pronto. Y seguiré. La vida es aventura. Y sufrimiento. Ó simplemente poesía que escribir. Sino qué?



**ricardo quesada**